

ESA MALDITA VOZ
Y OTROS RELATOS FANTASMAGÓRICOS



Vernon Lee en 1881.
Dibujo de John Singer Sargent.

OKE DE OKEHURST
O UN AMANTE FANTASMA

*Al conde Peter Boutourline¹,
Tagantcha, Gobierno de Kiev, Rusia*

Mi querido Boutourline:

¿Recuerda que una tarde en Florencia, sentados en un escabel ante la chimenea, le conté la historia de *mistress Oke of Okehurst*?

A usted, que tanto le gustan las cosas fantásticas, le pareció un cuento fantástico y me urgíó a que lo escribiera en seguida, aunque yo puse el reparo de que escribirlo era exorcizarlo, disipar su encanto; y que la tinta de imprenta ahuyenta los fantasmas que se nos pudieran aparecer de manera tan efectiva como galones de agua bendita.

¹ Piotr Dmitrievich Buturlin (1859-1895) fue un diplomático y poeta ruso de origen alemán que nació en Florencia, pasó su infancia en Italia y se educó en Inglaterra. En 1878 publicó en Florencia *First Trials*, un libro de poesía inglesa y empezó a colaborar en periódicos de Londres, sobre todo *Academy*, bajo el seudónimo Francis Searle. Desde mediados de los ochenta escribió exclusivamente en ruso y publicó varios libros de poemas: *Sybil* (San Petersburgo, 1890) o *Twenty Sonnets* (Kiev, 1891).

Pero si, como sospecho, quiere usted suprimir el encanto que pudiera haber tenido, hasta tal punto que nos había excitado, aquella velada junto a la lumbre, con toda su consistencia fantástica... Si, como me temo, la historia de *mistress* Oke of Okehurst se le antoja trillada e infructuosa, la visión de este librito le servirá al menos para recordarle, en medio de su verano ruso, que existe una estación como el invierno, un lugar como Florencia, y una persona como su amiga.

VERNON LEE
Kensington, julio de 1886

I

¿Ese dibujo con gorra de niño? Sí; es la misma mujer. Me sorprende que haya adivinado que era ella. Un ser excepcional, ¿no es cierto? Realmente, la criatura más maravillosa que he conocido: una elegancia admirable, exótica, inverosímil, conmovedora; una especie de gracia artificial y contumaz en cada rasgo y ademán y en la disposición de cabeza y cuello, y de manos y dedos. He aquí una cantidad de bocetos a lápiz que hice mientras me preparaba para pintar su retrato. Sí; en todo el bloc de dibujo no aparece más que ella. Simples garabatos, pero pueden dar una idea de su maravillosa y extraordinaria distinción. Aquí se apoya en la escalera, y ahí está sentada en el columpio. Aquí está saliendo de prisa de la habitación. Esta es su cabeza. Como puede ver, en realidad no es bella; su frente es demasiado grande, y su nariz demasiado pequeña. Eso no da idea de ella. Era del todo una cuestión de movimiento. Fíjese en las raras mejillas, hundidas y bastante lisas; pues bien, cuando sonreía, se le formaban aquí los más admirables hoyuelos. Había en ello algo de delicado y misterioso. Sí; empecé el cuadro, pero no llegué a terminarlo. Primero pinté al marido. Me pregunto a quién se parece ahora. Ayúdeme a retirar estos cuadros

de la pared. Gracias. Este es el retrato de ella; un tremendo fracaso. No creo que a usted le importe mucho; está tan solo bosquejado, y parece completamente furiosa. Como puede ver, mi idea era que se apoyara en una pared—estaba empapelada con un amarillo que casi parecía marrón— para que resaltara la silueta.

Fue muy raro que hubiese elegido esa pared en particular. Parece bastante descabellado en esas condiciones, pero me gusta; hay algo de ella. Si lo hubiese enmarcado y colgado, la gente se limitaría a hacer preguntas. Sí; claro que usted lo ha adivinado: es *mistress* Oke de Okehurst. Olvidé que usted tenía parientes en aquella parte del país²; además, supongo que en aquel entonces los periódicos no hablarían de otra cosa. ¿No sabía que todo ocurrió delante de mis propios ojos? Ahora casi no puedo creerlo: todo parece tan lejano, patente pero irreal, como si me lo hubiera inventado. A decir verdad fue mucho más extraño de lo que nadie pudiera imaginar. A la gente le era tan imposible entenderlo como entenderla a ella. Dudo que nadie entendió a Alice Oke, aparte de mí. No vaya a creer que soy insensible. Era una criatura maravillosa, extraordinaria, delicada, pero nadie podría compadecerla. Compadezco mucho más al desdichado de su marido. Pareció un apropiado final para ella; creo que le habría gustado haberlo sabido. ¡Ay! Nunca tendré otra oportunidad de pintar su retrato como yo quería. Parecía que ella me lo ordenase desde el cielo o cualquier otro lugar. ¿Nunca ha tenido noticias de la historia con todo detalle? Bueno, normalmente no hablo de ella, porque la gente es tan despiadadamente estúpida y sentimental; pero se la contaré. Vamos a ver. Está oscureciendo ya para seguir pintando, de modo que ahora puedo contársela.

² Las parroquias de Billingshurst, Rudgwick, Slinfold, Pulborough y Wisborough Green en West Sussex.

Espere; póngase de cara a la pared. ¡Ah, era una criatura maravillosa!

II

¿Recuerda que hace tres años le conté que me había comprometido a pintar a una pareja de terratenientes de Kent? A decir verdad no puedo entender qué me había ocurrido para aceptar a aquel hombre. Un amigo mío lo había llevado un día a mi estudio: *mister* Oke de Okehurst, decía su tarjeta de visita. Era un joven muy alto, muy fuerte, con una encantadora tez rubicunda, un encantador bigote rubio y maravillosamente bien vestido; completamente igual a centenares de jóvenes que uno puede ver cualquier día en el Parque³, y completamente sin interés desde la coronilla a la punta de los zapatos. *Mister* Oke, que había sido teniente en los Azules⁴ antes de casarse, era evidente que se encontraba sumamente incómodo en un estudio. Recelaba de un hombre que llevaba una levita de terciopelo en la ciudad, pero al mismo tiempo deseaba tímidamente no tratarme al menos como a un artesano. Dio vueltas por mi local, miró todo con la más escrupulosa atención, balbuceó unas cuantas frases elogiosas, y entonces, pidiendo ayuda con la vista a su amigo, trató de abordar el asunto, pero no lo consiguió. El asunto, que el amigo me explicó amablemente, era que *mister* Oke deseaba

³ Hyde Park, el mayor de los cuatro parques reales de Londres.

⁴ The Blues (The Royal Horse Guards), regimiento de caballería formado en 1650, el segundo más antiguo del Ejército británico. Conocido también como The Royal Regiment of Horse, pronto se ganó el sobrenombre de los Azules por el color de su uniforme en contraste con el rojo de The Life Guards, el más antiguo (creado dos años antes), encargado de proteger las residencias reales y formar en las ceremonias del cambio de guardia.

saber si mis compromisos me permitirían pintarle a él y a su esposa, y cuáles serían mis condiciones. El pobre hombre se puso rojo como la grana durante esta explicación, como si su propuesta hubiese sido inadecuada; y advertí —lo único interesante en él— un preocupante ceño muy extraño entre las cejas, un doble tajo perfecto, lo que normalmente implica alguna anormalidad: un alienista que conozco lo llama *ceño de maníaco*. Cuando le contesté, prorrumpió de pronto en una sarta de explicaciones bastante confusas: su esposa —*mistress* Oke— había visto algunos cuadros míos..., pinturas..., retratos..., en la..., ¿cómo se llama?... Academia⁵. En pocas palabras, le habían causado muy buena impresión. A *mistress* Oke le gusta el arte; en pocas palabras, deseaba fervientemente tener un retrato suyo y de su marido pintados por mí, etcétera.

—Mi esposa —añadió de pronto— es una mujer extraordinaria. No sé si le parecerá bella..., no lo es efectivamente, le diré a usted. Pero es muy rara —y *mister* Oke de Okehurst dio un pequeño suspiro y frunció su extraño ceño, como si tan largo diálogo y tan categórica opinión le hubieran costado mucho.

Mi carrera pasaba por un momento bastante desafortunado. Una modelo muy influyente que yo tenía —¿recuerda la señora gruesa con una cortina carmesí a sus espaldas?— había llegado a la conclusión, o la habían persuadi-

⁵ La Royal Academy of Painting, Sculpture and Architecture, generalmente conocida como The Academy, data de 1768. Instalada en Haymarket, cerca de Piccadilly, contaba con cuarenta académicos y veinte miembros asociados, y su primer presidente fue el pintor y escritor de arte *sir* Joshua Reynolds (1723-1792). A partir de 1868 se trasladó a Burlington House, entre Piccadilly y Burlington Gardens. Pese a ser una de las academias nacionales que más tardaron en fundarse, pronto se convirtió en una prestigiosa institución de enseñanza, cuyos logros se vieron inmediatamente reflejados en el estatus social que proporcionaba su entrada en ella.

do, de que la había pintado vieja y vulgar, lo cual de hecho era. Su camarilla al completo se había puesto en contra de mí, los periódicos habían retomado el asunto, y de momento fui considerado un pintor a cuyos pinceles ninguna mujer debería confiar su reputación. Las cosas andaban mal. De modo que con mucho gusto no dejé escapar la propuesta de *mister* Oke y resolví pasarme por Okehurst al término de dos semanas. Pero apenas había cerrado la puerta mi futuro modelo empecé a arrepentirme de mi precipitación; y mi disgusto al pensar que perdería todo el verano pintando el retrato de un *squire*⁶ de Kent sin el menor interés, y de su esposa sin duda tan poco interesante como él, aumentaba cada vez más a medida que se aproximaba el momento de cumplir. Recuerdo muy bien la tremenda irritación con la que subí al tren con destino a Kent, que se acentuó todavía más cuando me bajé en la pequeña estación más próxima a Okehurst. Diluviaba. Estaba bastante furioso al pensar que mis lienzos se mojarían mucho antes de que el cochero de *mister* Oke los embalase en lo alto del *break*⁷. Lo tenía bien merecido por ir a aquel condenado lugar a pintar a aquella condenada gente. Partimos bajo una lluvia persistente. Los caminos eran una masa de fango amarillo; los interminables y llanos terrenos de pasto bajo los robles, que habían sido reducidos a cenizas tras una larga sequía, se habían convertido en una asquerosa pasta marrón; el paisaje parecía insoportablemente monótono.

⁶ En la Edad Media *squire* o *esquire* designaba lo que nosotros llamábamos escudero, o sea, el que por su sangre es noble y distinguido, o el paje o sirviente que le lleva el escudo a un caballero. A partir del siglo xvii, el término se aplica al principal terrateniente de una comarca. Título equivalente a *mister*, que siempre va detrás del apellido.

⁷ Carruaje de cuatro ruedas, descapotable y de pescante alto, empleado para excursiones.

Cada vez estaba más desanimado. Empecé a reflexionar sobre la moderna casa solariega gótica, con el habitual mobiliario de Morris⁸, alfombras de Liberty⁹ y novelas de Mudie¹⁰, que sin duda me gustaban. Me imaginaba con mucha viveza a los cinco o seis pequeños Oke —aquel hombre sin duda alguna debía tener al menos cinco hijos—, las tías, cuñadas y primos; la eterna rutina del té de la tarde y el tenis sobre hierba; sobre todo, me imaginaba a *mistress*

⁸ William Morris (1834-1896) fue un poeta, pintor, novelista, traductor, impresor y diseñador británico que en 1859 revolucionó los criterios dominantes en su época al hacerse construir la famosa Red House, un edificio exclusivamente funcional proyectado a medias con el arquitecto neogótico Phillip Webb y en el que vivió hasta 1865, en que se trasladó a Londres, conviviendo en Bloomsbury con los artistas prerrafaelistas Dante Gabriel Rossetti y Edward Burne-Jones, con los que fundó la *Oxford and Cambridge Magazine*. Rechazando la incongruencia de los muebles habituales (formas, dimensiones y diseño) decidió construir otros *ad hoc* con nuevos criterios, inspirándose en las antiguas asociaciones medievales de artesanos y en las ideas del crítico de arte John Ruskin. De esa experiencia surgió en 1861 la firma Morris & Co., que produjo, con gran habilidad artesana y considerable refinamiento estilístico, mobiliario, telas, tapices, azulejos y otros objetos para la casa. Sus muebles tenían una estructura bastante sencilla y un diseño de austera linealidad. Las sillas eran sencillas pero muy elegantes, con asiento de paja, patas torneadas, rectas o ligeramente divergentes, y espaldar con los tradicionales husos dispuestos en variadas combinaciones. Los sillones estaban provistos de amplios respaldos escuadrados, brazos acolchados sostenidos por listones torneados y patas rectas o suavemente curvadas.

⁹ En 1875 Arthur Lasenby Liberty (1843-1917), hijo de un pañero y aprendiz de mercero, fundó en Regent Street la tienda Liberty & Co., que en un primer momento importaba telas, alfombras y objetos de arte orientales. Posteriormente empezó a utilizar una ecléctica mezcla de estilos populares hasta desarrollar uno propio radicalmente diferente vinculado al Art Nouveau, logrando crear un nuevo diseño en la manufacturación que fue especialmente apreciado a finales del siglo XIX.

¹⁰ Charles Edward Mudie (1818-1890), hijo de un vendedor de periódicos y librero de lance, fundó en 1842 la biblioteca circulante Mudie's Lending Library, cuyo eficaz sistema de distribución y enorme surtido de textos revolucionó el mercado. Su selecta Mudie's Subscription Library,

Oke, la joven, enérgica, bien informada, modelo de ama de casa, maniobrero, organizadora de obras benéficas, a la que un individuo como *mister* Oke consideraría una mujer admirable. Y mi ánimo se vino abajo, y maldije mi avaricia al aceptar el encargo, mi apocamiento al no abandonarlo cuando todavía había tiempo. Entre tanto habíamos entrado en un extenso parque o, más bien, una larga sucesión de terrenos de pastos salpicados de enormes robles, bajo los cuales se apiñaban las ovejas para resguardarse de la lluvia. A lo lejos, difuminada por la cortina de agua, se divisaba una serie de cerros bajos, con una irregular franja de abetos azulados y un solitario molino de viento. Debimos recorrer una buena milla y media desde que dejamos atrás una casa, y en la lejanía no se veía ninguna otra... nada más que la ondulación de hierba marchita, empapada y atezada, bajo los enormes robles negruzcos, y desde allí surgía por todas partes un impreciso balido desconsolado. Por último el camino tomó una curva inesperada, y reveló lo que debía ser la morada de mi modelo. No era lo que yo había esperado. En una depresión del terreno una casa grande de ladrillo rojo con los gabletes redondeados y las chimeneas de elevados cañones de la época de Jacobo I¹¹. Un enorme y desolado edificio, situado en medio de una dehesa sin el menor rastro de jardín delantero, y solo unos cuantos árboles grandes indicaban la posibilidad de que hubiera uno en la parte de atrás; tampoco había césped, pero al otro lado de la hondonada arenosa, que hacía pensar en un foso lleno, había un enorme roble, bajo, hueco, con inhóspitas y entretrejidas ramas negras, en las que solo un puñado de hojas

tuvo mucha influencia entre la clase media victoriana. Las listas que seleccionaba periódicamente se convirtieron en uno de los mejores reclamos para cualquier novela.

¹¹ James I (hijo de María Estuardo), el primer rey Estuardo de Inglaterra (1603-1625), que también fue rey de Escocia (1567-1625) como James VI.

se agitaban bajo la lluvia. No era ni mucho menos lo que me había imaginado que sería la morada de *mister* Oke de Okehurst¹².

Mi anfitrión me recibió en la gran sala, un amplio aposento revestido con paneles de madera tallados, rodeado de cuadros colgados hasta el curioso techo, abovedado y con nervios como el interior del casco de un barco. Parecía incluso más rubio, sonrosado y pálido, más rotundamente mediocre con su traje de *tweed*; y también, en mi opinión, más amable y más insípido. Me llevó a su despacho, una habitación en cuyas paredes colgaban fustas y aparejos de pesca en lugar de libros, mientras llevaban mis cosas al piso de arriba. Había mucha humedad y el fuego estaba a punto de apagarse. Dio un enérgico puntapié a los rescoldos y dijo mientras me ofrecía un cigarro:

—Discúlpeme por no presentarle en seguida a *mistress* Oke. Mi esposa... en resumidas cuentas, creo que mi esposa está durmiendo.

—¿Está indispuesta *mistress* Oke? —pregunté, una súbita esperanza me pasó por la cabeza de que pudiera cancelarse todo el asunto.

—¡Oh, no! Alice está muy bien; por lo menos tan bien como de costumbre. Mi esposa —añadió un momento después en un tono muy categórico—, no goza de muy buena salud... es de complejión nerviosa. ¡En modo alguno! Ni hablar, nada grave, ¿sabe usted? Solo nervios, dicen los médicos; no debe preocuparse ni excitarse, dicen los médicos; requiere mucho reposo... ese tipo de cosas.

¹² Según Peter Gunn, la mansión está basada en la casa solariega Swinford Old Manor, perteneciente al señorío feudal de Simon de Godyngton cerca de Ashford (condado de Kent), que Vernon Lee visitó en 1885 con su amiga Mary Robinson y el director de la *National Review* Alfred Austin (v. *Vernon Lee, Violet Paget, 1856-1935*, Londres, Oxford University Press, 1964).

Se hizo un silencio completo. Aquel hombre me deprimía, no sabía por qué. Tenía una mirada indiferente, desconcertada, que no estaba de acuerdo con su evidente salud y fuerza admirables.

—Supongo que es usted un gran deportista —pregunté por pura desesperación, señalando con la cabeza las fustas, escopetas y cañas de pescar.

—¡Oh, no! Ya no. Lo fui hace tiempo. Lo he dejado todo —contestó, dando la espalda al fuego, y mirando fijamente la piel de oso polar que tenía a sus pies—. Ahora ya no tengo tiempo —añadió, como si debiera dar una explicación—. Soy un hombre casado... ya me entiende. ¿Quiere subir a sus habitaciones? —se interrumpió de pronto—. Le he arreglado una para que pinte en ella. Mi esposa dice que usted preferiría la luz del norte. Si esa no le viene bien, puede elegir cualquier otra.

Salimos del despacho y le seguí a través del inmenso vestíbulo. En menos de un minuto ya no me acordaba de *mister* y *mistress* Oke ni del fastidio de hacer sus retratos; francamente estaba abrumado por la belleza de aquella casa, que me había imaginado moderna y vulgar, cerrada a cualquier innovación artística y cultural. Era, sin excepción, el ejemplo más perfecto de antigua casa solariega inglesa que había visto; la más espléndida intrínsecamente y la más admirablemente conservada. Al término del amplio vestíbulo, con su enorme chimenea exquisitamente tallada en piedra gris y negra con incrustaciones, y sus hileras de retratos de familia, que se extendían desde el zócalo hasta el techo de roble, abovedado y con nervios como el casco de un barco, comenzaba la amplia escalera de peldaños planos, con la barandilla coronada de trecho en trecho con monstruos heráldicos, la pared cubierta por esculturas de roble de escudos de armas, follaje y pequeñas escenas mitológicas, pintadas en un descolorido rojo y azul, y resaltadas con oro deslustrado, que armonizaba con el deslustrado azul y oro del cuero repujado que llegaba hasta la cornisa de ro-

ble, también exquisitamente teñida y dorada. Parecía como si las armaduras cortesanas perfectamente damasquinadas, en modo alguno oxidadas, no las hubiera tocado nadie desde hacía mucho; los múltiples tapetes para los pies eran de fabricación persa del siglo xvi; lo único actual eran los grandes ramos de flores y helechos, dispuestos en platos de mayólica en los rellanos. Todo estaba en absoluto silencio; solo llegaba de abajo el carillón, plateado como la fuente de un palacio italiano, de un anticuado reloj.

Me pareció ser transportado al palacio de la Bella Durmiente.

—¡Qué espléndida casa! —exclamé mientras seguía a mi anfitrión a través de un largo corredor, adornado también con cuero, revestido con madera tallada, y amueblado con grandes arcas nupciales¹³, y sillas que parecían salidas de un retrato de Van Dyck¹⁴. Tenía la impresión de que todo eso era natural, espontáneo, que no había nada del pintoresquismo que encopetados estudios atribuyen a las casas ricas y estéticas. *Mister Oke* me malinterpretó.

—Es una linda casa antigua —dijo—, pero es demasiado grande para nosotros. Como comprenderá usted, la salud de mi esposa no nos permite tener muchos invitados; y no hay niños.

¹³ Antes de la aparición de los armarios en el siglo xvii, los baúles o arcones eran los únicos muebles para guardar la ropa en el campo. El padre solía ofrecer a su hija este mueble para que guardara la dote que recibía cuando contraía matrimonio: vestidos, sábanas y ropa de casa. El arca de boda, refinada muestra del arte del primer Renacimiento italiano, tuvo su origen a finales del siglo xiv en Siena y Florencia (llamada *cassone nuziale*), conocida también como arca de ajuar, arca de esponsales, arcón de boda, arcón nupcial o baúl nupcial.

¹⁴ Anthonis van Dyck (1599-1641) fue un pintor flamenco del Barroco, influenciado primero por Rubens, y luego por Tiziano y Correggio, que se instaló en Londres y llegó a ser pintor de cámara de Carlos I, que le nombró *sir*. Sus retratos de la aristocracia inglesa destacan por su vistosidad y la delicada tonalidad cromática, finamente graduada y de brillo perlado, de su extraordinario colorido.

Creí notar en su voz una vaga queja; y era evidente que él tenía miedo de que pudiera haber parecido algo de eso, pues inmediatamente añadió:

—No quiero ser una persona insignificante para los niños, ya me entiende; no comprendo cómo puede gustarle eso a alguien, en lo que a mí respecta.

Si había un hombre que se tomara la molestia de mentir, pensé para mis adentros, era eso lo que estaba haciendo *mister Oke* de Okehurst en aquel preciso instante.

Cuando me dejó en una de las dos enormes habitaciones que me estaban asignadas, me abalancé a un sillón y traté de centrarme en la extraordinaria impresión imaginativa que me había producido aquella casa.

Soy muy sensible a tales impresiones; y además de la especie de arrebató de interés imaginativo que me producen ciertas personalidades raras y excéntricas, nada me seduce tanto como el encanto, más sereno y menos analítico, del tipo que sea, de cualquier clase de casa perfecta y fuera de lo corriente. Sentarme en una habitación como en la que estaba sentado, con las figuras de los tapices brillando tenuemente a la luz del crepúsculo en tonos grises, lilas y purpúreos, la gran cama, columnada y cortinada, perfilándose en el centro, y las ascuas enrojeciendo debajo de la repisa con vuelo de la chimenea de piedra incrustada a la italiana, un vago olor a pétalos de rosa y especias, metidos dentro de cuencos de porcelana por manos de mujeres muertas hace mucho tiempo, mientras desde la planta baja de cuando en cuando sube y llena la habitación el apagado tono argentino de un reloj de tiempos olvidados; hacer eso constituye un tipo especial de voluptuosidad, peculiar, compleja e indescriptible, como la semiembriaguez del opio o el hachís, y que, para ser transmitida a otros de cualquier forma como uno la siente, requeriría un genio, sutil e impetuoso, como el de Baudelaire.

Después de vestirme para la cena volví a tomar asiento en el sillón y reanudé también mi ensoñación, permitiendo

que todas esas impresiones del pasado —que parecían desvanecerse como las figuras en el tapiz, aunque todavía vivas como las ascuas en la chimenea, todavía dulces y sutiles como el perfume de los pétalos de rosa marchitos y las especias descompuestas en los cuencos de porcelana— me impregnaran y se me subieran a la cabeza. No pensaba en Oke ni en su esposa; me parecía estar completamente solo, aislado del mundo, apartado de él dentro de aquel placer exótico.

Poco a poco las ascuas se fueron apagando; las figuras de los tapices cada vez más borrosas; las columnas y cortinas de la cama se hicieron más imprecisas; la habitación pareció ensombrecerse; y paseé la mirada por la ventana saliente en forma de arco con parteluces, más allá de cuyos cristales, entre su tosca mampostería, se extendía un gran terreno de pasto grisáceo-amarronado completamente empapado, salpicado de enormes robles; mientras a lo lejos, detrás de una hilera irregular de abetos escoceses, el húmedo cielo se cubría con las tonalidades de un rojo encendido del ocaso. Entre la caída de las gotas de lluvia de la hiedra en el exterior, llegaba, más débil o más intenso, el periódico balido de los corderos separados de sus madres, un lamento triste, trémulo, sobrecogedor.

Un repentino golpe seco en la puerta me hizo levantar a toda prisa.

—¿No ha oído el gong para cenar? —preguntó la voz de *mister* Oke.

Me había olvidado por completo de su existencia.

III

Siento no poder reconstruir de ninguna manera las primeras impresiones que me causó *mistress* Oke. Mi recuerdo de ellas estaría desvirtuado del todo por mi conocimiento posterior de ella; por lo cual concluyo que en un primer

momento no pude haber experimentado el extraño interés y la admiración que muy pronto me provocó aquella extraordinaria mujer. Interés y admiración, debe entenderse, de un tipo muy poco común, ya que era un tipo de mujer muy poco común; o, si lo prefieren, yo soy de un tipo de hombre bastante poco común. Pero eso puedo explicarlo mejor luego.

De lo que no cabe la menor duda es que debí sorprenderme enormemente al encontrar a mi anfitriona y futura modelo tan completamente distinta de lo que había esperado. O no: ahora que lo pienso apenas me llevé una sorpresa después de todo; o si me la llevé, el impacto de la sorpresa no debió haber durado más que una infinitesimal fracción de segundo. Lo cierto es que habiendo visto una vez a Alicia Oke de verdad, era completamente imposible acordarse de haberla imaginado de ninguna otra manera: había en su personalidad algo tan perfecto, tan completamente diferente de cualquier otra persona, que parecía haber estado siempre presente en la conciencia de uno, aunque presente quizás como un enigma.

Trataré de que se haga una idea de ella: no de esa primera impresión, fuera la que fuese, sino del verdadero concepto que me formé de ella poco a poco al ir conociéndola. Para empezar, debo decir y reiterar una y otra vez que era, sin comparación posible, la mujer más agraciada y delicada que jamás he visto, pero con una gracia y delicadeza que nada tenían que ver con ningún concepto preconcebido o experiencia previa de lo que se suele asignar a estas palabras: gracia y delicadeza perfectamente acreditadas de inmediato, pero que se vislumbraban en ella por primera, y probablemente, eso creo, última vez.

¿Es inconcebible, no es cierto, que una vez cada mil años pueda surgir una combinación de pautas, un conjunto de ademanes, una silueta, un detalle, que sean nuevos, sin precedente, que se adecúen exactamente a nuestros afanes de belleza y rareza? Era muy alta; y supongo que la gente diría

que delgada. No estoy muy seguro, pues nunca me pareció un ser de carne y hueso, ese tipo de cosas; sino sencillamente un conjunto maravilloso de pautas y una maravillosa y rara personalidad. Alta y delgada, ya lo creo, y con ninguno de los atributos con los que establecemos nuestro concepto de mujer bien hecha. Era erecta como un bambú..., quiero decir que tampoco tenía lo que la gente llama buen tipo; era algo ancha de hombros y sin duda cargada de espaldas; ni una sola vez dejaba al descubierto brazos y hombros. Pero su figura de bambú tenía una flexibilidad y una majestuosidad, un abanico de rasgos con cada paso que daba, que no se puede comparar con nada; tenía algo de pavo real y algo también de venado; pero, sobre todo, era dueña de sí misma. Ojalá pudiera describirla. ¡Ojalá, ay de mí! Me gustaría, me habría gustado cien mil veces poder pintarla como ahora la veo si cierro los ojos..., aunque solo fuera su silueta.

¡Ahí está! La veo tan claramente caminando despacio de un lado a otro de una habitación, la ligera anchura de sus hombros; completando la delicada disposición de líneas de su ágil espalda erguida, el delicado cuello largo, la cabeza, con el pelo muy corto y rizado, siempre un poco inclinada, salvo cuando de pronto la echa hacia atrás, y sonrío, no a mí, ni a nadie, ni a nada que se ha dicho, sino como si de repente solo ella hubiese visto u oído algo, con el curioso hoyuelo en sus flacas y pálidas mejillas, y la rara pureza de sus ojos abiertos de par en par: el momento en que tenía algo del movimiento de un venado. Pero ¿qué sentido tiene hablar de ella? No creo, le diré a usted, que ni siquiera el pintor más genial pueda mostrar cuál es la verdadera belleza de una mujer muy bella en el sentido normal del término: las mujeres que posaron para Tiziano y Tintoretto debían de haber sido mucho más hermosas de como las pintaron. Algo se escapa siempre —además la verdadera esencia—, porque la belleza auténtica es tanto una cuestión de ritmo —como la música, una sucesión, una serie— como de es-

pacio. Fíjese bien, estoy hablando de una mujer bella en el sentido convencional. Imagine, pues, cuánto más en el caso de una mujer como Alicia Oke; y si el lápiz y el pincel no pueden reproducir cada línea ni cada matiz, ¿cómo es posible dar siquiera la más vaga idea con simples y miserables palabras... palabras que solo tienen un miserable significado abstracto, una impotente asociación convencional? Para no alargarme en demasía, *mistress* Oke de Okehurst era, en mi opinión, delicada y rara en grado sumo, una criatura exótica, cuyo encanto no puedes describir más de lo que podrías darte perfecta cuenta del perfume de una flor tropical recientemente descubierta comparándolo con el aroma de una rosa centifolia o una azucena.

La primera cena fue nada prometedor. *Mister* Oke—Oke de Ohehurst, como le llamaba allí la gente— era tremendamente vergonzoso, le consumía el miedo a hacer el ridículo ante mí y ante su esposa, pensé entonces. Pero esa especie de timidez no desaparecía; y pronto me di cuenta de que, aunque sin duda aumentaba en presencia de un completo desconocido, no se la provocaba yo, sino su esposa. De vez en cuando parecía que iba a hacer un comentario, y entonces era evidente que se reprimía, y permanecía callado. Era muy curioso ver a aquel corpulento hombre joven, apuesto y varonil, que debía haber tenido gran éxito con las mujeres, de pronto tartamudear y ponerse colorado en presencia de su propia esposa. No era que tuviera conciencia de su estupidez, pues cuando se quedaba solo, Oke, si bien era siempre premioso y tímido, no carecía de ideas ni de determinadas opiniones políticas y sociales, y mostraba una vehemencia infantil y un deseo, más bien enternecedor, de obtener certezas y verdades. Por otra parte, la peculiar timidez de Oke no era, hasta donde se me alcanzaba, el resultado de ningún tipo de intimidación de parte de su esposa. Siempre es posible percibir, si uno es algo observador, si el esposo o la esposa acostumbran a desairarse o corregirse mutuamente: si existe una inseguridad en ambas

partes, si tienen el hábito de vigilarse y criticarse. Sin ningún género de dudas eso no pasaba en Okehurst. Era evidente que a *mistress* Oke la traía completamente sin cuidado su marido; él podía decir o hacer toda clase de tonterías sin que ella se lo reprochase ni siquiera le amonestara; podría haber hecho eso, si hubiera querido, desde el día de su boda. En seguida te dabas cuenta de eso. *Mistress* Oke se limitaba a hacer caso omiso de su existencia. Mentiría si dijera que prestaba mucha atención a la de nadie, ni siquiera a la mía. En un primer momento me pareció una afectación por su parte, pues había algo exagerado en su apariencia, algo que hacía pensar en amaneramiento, que podía llevarte al principio a acusarla de rebuscamiento; vestía de un modo raro, que no obedecía a ninguna excentricidad estética conocida, pero con personalidad, de forma novedosa, como con ropa de una antepasada del siglo XVII. Pues bien, al principio pensé que esa mezcla de extrema amabilidad y absoluta indiferencia que me mostraba era una especie de pose por su parte. Siempre parecía estar pensando en otra cosa; y aunque hablaba con bastante suficiencia, y dando muestras de una inteligencia superior, daba la impresión de ser tan taciturna como su marido.

Al principio, en los primeros días de mi estancia en Okehurst, imaginé que *mistress* Oke era una especie de coqueta muy arrogante; y que su talante ausente, su mirada cuando te hablaba, a una invisible distancia, su singular sonrisa impertinente, eran recursos para atraerse la admiración y desconcertar. Lo interpreté mal por los modales algo parecidos de ciertas mujeres extranjeras —las inglesas no llegan a tanto—, que querían decir, a los que podían comprender, «Hazme la corte». Pero pronto comprobé que estaba equivocado. *Mistress* Oke no tenía el menor deseo de que la cortejara; sin duda alguna no me tomaba en consideración lo suficiente para eso; y yo, por mi parte, empecé a estar más interesado por ella desde otro punto de vista para que se me ocurriera tal cosa. Me di cuenta, no solo de que tenía ante

mí al más asombroso, raro, exquisito y desconcertante motivo para un retrato, pero también a uno de los personajes más peculiar y enigmático. Ahora que lo recuerdo, todo me induce a pensar que la peculiaridad psicológica de aquella mujer podía resumirse en un exorbitante y absorbente interés por ella misma —una actitud narcisista—, curiosamente complicado con una fantástica imaginación, una especie de ensueño morboso, completamente introspectivo, y con ninguna característica externa salvo una cierta inquietud, un deseo perverso de sorprender e impresionar sobre todo a su marido, para así vengarse del profundo fastidio que le causaba su falta de aprecio.

Llegué a comprender eso poco a poco, pero no creí haber descubierto realmente el misterio que rodeaba a *mistress* Oke. Había una porfía, un extrañamiento, que sentía, pero no podía explicar... algo tan difícil de definir como la peculiaridad de su apariencia exterior, y tal vez muy estrechamente relacionado con eso. Llegué a interesarme por *mistress* Oke como si hubiera estado enamorado de ella; y no estaba enamorado de ella en absoluto. No temía separarme de ella ni experimentaba placer alguno delante de ella. No sentía el menor deseo de agradarla ni de granjearme su atención. Pero se me había metido en la cabeza. Perseguía su imagen física, su justificación psicológica, con una especie de pasión que llenaba mi vida y evitaba que me sintiera deprimido. Los Oke llevaban una vida increíblemente solitaria. Eran escasos los vecinos, a los que veían poco; y casi nunca tenían invitados en la casa. El propio Oke de vez en cuando parecía ser presa de una sensación de responsabilidad hacia mí. Me comentaba discretamente, durante nuestros paseos y charlas de sobremesa, que debía encontrar la vida en Okehurst tremendamente monótona; la salud de su esposa le había acostumbrado a la soledad, y además a ella también le parecían un fastidio los vecinos. En esos asuntos nunca ponía en duda las opiniones de su esposa. Se limitaba a exponer los hechos como si la resignación fuera completamente natural e inevi-

table; no obstante, me parecía a veces que esa monótona vida de aislamiento, al lado de una mujer que no tenía en cuenta a su marido más que a una mesa o una silla, estaba causando una vaga depresión y enfado en aquel hombre joven que estaba hecho, no cabía la menor duda, para una vida alegre y normal. A menudo me preguntaba cómo podía soportarla después de todo, no teniendo, como yo tenía, interés alguno en resolver el enigma de una extraña psicología, y en pintar un gran retrato. Comprobé que era sumamente bueno: el modelo del joven inglés absolutamente concienzudo, la clase de hombre que debía haber sido un soldado cristiano, devoto, juicioso, valiente, incapaz de cualquier bajeza, un poco duro de mollera intelectualmente y perplejo por toda clase de escrúpulos morales. La condición de sus arrendatarios y de su partido político —era un habitual conservador de Kent— le pesaba en la conciencia. Pasaba horas todos los días en su despacho, haciendo el trabajo de administrador de fincas y diputado responsable de la disciplina de su partido en el Parlamento, leyendo montones de informes, periódicos y tratados de agricultura; y saliendo para comer con montones de cartas en la mano, y esa singular mirada perpleja en su rostro rebosante de salud, con aquel profundo tajo entre las cejas que mi amigo alienista llama *ceño de maniaco*. Me hubiera gustado pintarlo con esa expresión en el rostro; pero me pareció que a él no le habría gustado, que le haría más justicia representarlo con su mero convencionalismo saludable, sonrosado, pálido y rubio. Tal vez no había pensado con el suficiente detenimiento en el retrato de *mister Oke*; me satisfacía pintarlo de cualquier manera, me refiero a lo concerniente al carácter, pues mi mente estaba entregada por completo a pensar en cómo pintaría a *mistress Oke*, cómo podría trasladar mejor al lienzo su peculiar y enigmática personalidad. Empecé con el marido y le dije a ella con toda franqueza que debía tener mucho más tiempo para estudiarla. *Mister Oke* no podía entender por qué era preciso hacer un centenar de bosquejos a lápiz de su esposa antes incluso

de decidir en qué postura la iba a pintar; pero creo que estaba bastante satisfecho de tener la oportunidad de tenerme en Okehurst; sin duda mi presencia interrumpía la monotonía de su vida. A *mistress* Oke parecía serle totalmente indiferente que me quedara, como le era totalmente indiferente mi presencia. Sin ser descortés, nunca vi a una mujer que hiciera tan poco caso a un invitado; de cuando en cuando hablaba conmigo durante horas o, más bien, me dejaba que yo le hablase, pero nunca parecía estar escuchando. Se recostaba en un gran sillón del siglo xvii mientras yo tocaba el piano, con esa extraña sonrisa de vez en cuando en sus delgadas mejillas y esa extraña inocencia en los ojos; pero parecía importarle poco que dejara de tocar o continuase. No se tomaba, ni fingía tomarse, el menor interés en el retrato de su marido. No me hacía falta que *mistress* Oke me encontrara interesante; solo quería seguir estudiándola.

La primera vez que *mistress* Oke pareció percatarse de mi presencia como algo distinto de las sillas y las mesas, de los perros tumbados en el porche, del pastor protestante, o del abogado o el vecino aislado, que alguna que otra vez eran invitados a comer, fue un día —ya debía llevar allí una semana— en que tuve la oportunidad de comentarle el extraordinario parecido que existía entre ella y el retrato de una dama que estaba colgado en la gran sala con techo como el casco de un barco. El cuadro en cuestión era de cuerpo entero, ni muy bueno ni muy malo, pintado probablemente por algún italiano olvidado de principios del siglo xvii. Estaba colgado en un rincón bastante oscuro enfrente del retrato, pintado sin duda para formar pareja con él, de un hombre moreno, con una expresión un poco desagradable de osadía y eficiencia, vestido de negro a lo Van Dyck¹⁵. Por lo visto

¹⁵ Para proyectar la imagen del artista resaltando la informalidad de su vestimenta, Van Dyck utilizó un sencillo traje negro en sus autorretratos de 1620 y 1621, que en lo sucesivo se convertiría en el distintivo de sus retratos de ambos sexos, como *Portrait of a Genovese Lady* (1622), *Por-*

eran marido y mujer; y en la esquina del cuadro de la mujer estaba escrito lo siguiente: «Alicia Oke, hija de Virgil Pomfret, *squire*, y esposa de Nicholas Oke de Okehurst», y la fecha 1626... Nicholas Oke era el nombre que aparecía en el retrato más pequeño. La señora era realmente maravillosa como la actual *mistress* Oke, al menos en la medida en que un retrato regularmente pintado en los primeros años del reinado de Carlos I puede parecerse a una mujer contemporánea del siglo XIX. Presentaba los mismos rasgos extraños en cuanto al tipo y al rostro, los mismos hoyuelos en las delgadas mejillas, los mismos ojos abiertos de par en par, la misma imprecisa expresión de excentricidad, que la poco convincente pintura y el convencional estilo de la época no habían destruido. Podía uno imaginar que esa mujer tenía la misma manera de andar, la misma bella línea de la nuca y la cabeza inclinada que su descendiente; pues descubrí que *mister* y *mistress* Oke, que eran primos carnales, descendían de aquel Nicholas Oke y de aquella Alice, hija de Virgil Pomfret. Pero la semejanza era todavía mayor por el hecho de que, como pronto comprobé, la actual *mistress* Oke se maquillaba como su antepasada, vistiéndose con ropa que parecía del siglo XVII; es más, que a veces sin lugar a dudas estaba copiada de ese retrato.

—¿Cree usted que nos parecemos? —me preguntó *mistress* Oke como ausente al ver cómo lo observaba mientras sus ojos soñadores se desviaban hacia algo oculto y una leve sonrisa formaba hoyuelos en sus delgadas mejillas.

trait of Jacques Le Roy (1631), *Margaret of Lorraine, Duchess of Orléans* (ca. 1634) o *King Charles I of England* (1641). En la segunda mitad del siglo XVII y en todo el siglo XVIII el «traje negro a lo Van Dyck» devino un factor esencial en la pintura de retratos, que obligó a los pintores a reaccionar de una forma u otra. Véase Emilie Gordenker, *Anthony van Dyck and the Representation of Dress in Seventeenth-Century Portraiture* (Turnhout, Brepols, 2001).